

CRÍTICA DE **TEATRO**

Cosmogónico Arrabal

EL CEMENTERIO DE AUTOMÓVILES

Autor: Fernando Arrabal

Director: Juan Carlos Pérez de la Fuente

Intérpretes: Beatriz Argüello, Carmen Belloch, Alberto Delgado, Juan Calot, Roberto Correcher, Juan Gea y Paco Maldonado

Producción: Centro Dramático Nacional

Lugar y fecha: Teatro Principal (6/IX/2000)

JOAN-ANTON BENACH

El provocador, el transgresor, el estruendoso, el caleidoscópico Fernando Arrabal es, también, un diplomático. Vean si no lo que dice el dramaturgo del director del Centro Dramático Nacional (CDN), que presenta en Barcelona el montaje de una de sus primeras y más legendarias piezas: "Juan Carlos Pérez de la Fuente es sin duda por talento y biografía quien más se acerca a la esencia de 'El cementerio de automóviles'". Talento y biografía son palabras que Arrabal pone entre signos de admiración. Ya ven: con todo su buen oficio y experiencia, Pérez de la Fuente es "quien más" se aproxima a una obra escrita en 1957 y que ha merecido decenas, acaso más de un centenar de montajes. O sea, 43 años de ensayos analíticos e interpretativos y todavía no se llegó a la esencia de "El cementerio". La diplomacia y la astucia son buenas compañeras.

Pero el inaccesible Arrabal se adorna también con la virtud de la sinceridad y, "confundido por las puestas en escena tan contradictorias" de la misma obra, se pregunta abierta y públicamente qué quiso decir con ella, qué quiso plantear recurriendo a ese universo de tipejos mandones, caprichosos y "voyeuristas" refugiados en unos coches desvencijados, en un paisaje de ruina donde siempre es de noche. De la antigua lectura de "El cementerio de automóviles" en un desencuadrado y al fin extraviado volumen de los años sesenta, uno deducía que a la obra le cuadraba más la pasión que puso en ella el malogrado Víctor García, en 1977, que el humor, la ironía y la fría "racionalidad" que ha empleado Pérez de la Fuente, quien, por el contrario, habría acertado más y mejor en el diseño

del espacio gélido, ceniciento, que ha realizado Xavier Mascaró.

Pero el destino del poeta es la búsqueda y de él se ha contagiado, como era su obligación, el montaje del CDN. El director y su gente persiguen, asimismo, el sentido de las situaciones y los designios de unos personajes que nos hablan del gran tema de la libertad individual y colectiva, de las miserias y alienaciones de los hombres, de las maniobras grotescas del poder absoluto y de las vanas quimeras del profeta. Por un lado, el encierro de una humanidad mísera, voluble y lúbrica. Fuera del cementerio, la estupidez del corredor de fondo y un trío de músicos, capitaneado por un trompetista ingenuo, utópico y enredón, acompañado de un saxofonista mudo, a lo Harpo Marx, y de un clarinetista metido a Judas con todas las de la ley. El hombre de la trompeta, nacido en humilde portal y dedicado desde los treinta años a alegrar el corazón de los pobres, se llama Emanu. Y entre los ocupantes de los coches y los personajes del evangelio según Arrabal, Milos y Dila, dos personajes bisagra, inquietantes, entregados a un juego cambiante de servilismo, dominio y seducción.

Arrabal ha revisado varias veces "El cementerio" y supongo que, de hacerlo de nuevo, querría aligerar la pieza del abrumador torrente de acotaciones que pone de relieve el montaje. Porque si la parábola sigue viva y fresca como el primer día, si su divulgación es del máximo interés para entender la evolución de la importante obra dramática del autor —fascinante monumento barroco en el que se mezclan absurdo y surrealismo, luces y tinieblas, crueldad y sensualidad—, la estructura interna de la pieza se ha hecho, con el tiempo, mecanicista, plana, reiterativa, monótona... La "fidelidad" del director tal vez la aplauda el autor, pero una lectura actual necesitaba garantizar el "crescendo" dramático, ausente en este caso, que había en "Inquisición" o en "Tormentas y delicias de la carne", por citar dos de los títulos de Arrabal que se conocen entre nosotros.

La interpretación, meritísima. Espléndida en todos los personajes. Es obligado destacar la de Beatriz Argüello, que convierte a Dila en una "maggiorata" magnífica, capaz de comerse el mundo y de asegurar el nervio de la cosmogónica farsa desde una última trinchera. ●